

## **LA FILOSOFÍA EN EL AULA: POR UNA DEMOCRACIA INTEGRAL**

Trabajo publicado en la revista *Paideía*, 13-14 (1991), pp. 137-145.

**Emilio Martínez Navarro** (Universidad de Murcia)

Existe en Occidente un amplio consenso respecto a las ventajas de los sistemas políticos democráticos frente a cualquier otro tipo de regímenes autoritarios de todo signo. Somos herederos de una larga tradición ilustrada que, 1) defiende al individuo frente a los posibles abusos del Estado, 2) proclama la igualdad de derechos políticos de todos los ciudadanos (aunque sólo lentamente se ha ido reconociendo la ciudadanía a ciertos colectivos, como por ejemplo, a las mujeres) y 3) confiere al Estado moderno funciones de redistribución de la riqueza y de fomento del bienestar social (salud, educación, vivienda, etc.). Desde tal tradición ilustrada se afirma que la soberanía reside en el pueblo y que eso implica la instauración de sistemas políticos que expresen la voluntad popular por medio de la representatividad parlamentaria. En este punto es donde surgen las dudas: ¿Acaso no es posible otro modo de ejercer eso que llamamos soberanía popular más que mediante la elección cada cierto tiempo de unos representantes a quienes se les entrega una suerte de cheque en blanco? ¿Hay o puede haber otras formas de participar en la vida colectiva que nos confirmen en nuestra convicción de que somos realmente seres autónomos, no sometidos a poderes extraños? ¿O más bien hemos de renunciar definitivamente a esa convicción y considerarla como un mito propagandístico con el que se nos está ocultando y justificando la dominación que unas élites poderosas ejercen sobre los demás?

Estas preguntas nos introducen en los apasionantes y complejos problemas de la filosofía social y política. Tales interrogantes van a constituir el trasfondo de una breve reflexión sobre cuáles tienen que ser las capacidades morales que tiene que fomentar un programa educativo para que se pueda considerar coherente con los ideales democráticos de libertad, igualdad y fraternidad que todavía siguen vigentes, impregnando la vida de tantos movimientos y organizaciones que luchan por la emancipación de las personas (asociaciones pro derechos humanos, colectivos feministas, movimientos de liberación político-económica en países de régimen dictatorial o totalitario, colectivos ecologistas, etc.).

Mientras que esos ideales democráticos laten en el seno de la sociedad, esa misma sociedad mantiene unas prácticas económicas y educativas que a menudo destruyen la solidaridad social y reducen la democracia a mero mecanismo de mercadeo de votos. Esta falta de coherencia interna es, probablemente, una de las raíces que explican los fenómenos de desintegración social y de desconcierto escolar.

¿Puede ayudar la educación a superar esa incoherencia con un saldo a favor de los ideales democráticos? ¿Puede ayudar la Filosofía, como un instrumento válido para promover un modelo de educación que se propone esa meta? Comencemos por analizar cuál es la situación en que se encuentra la Filosofía en relación con la sociedad.

Si en la Edad Media se cultivó la Filosofía en Europa como herramienta conceptual al servicio de la fe, en la Edad Moderna se configuró más bien como reflexión al servicio de las ciencias de la naturaleza, en especial de la física-matemática a partir de Galileo y de Newton. Este modo de entender y de cultivar la Filosofía fue trasladando a ésta desde los monasterios a las universidades, en un movimiento de secularización que terminó por separar, no sólo lo filosófico de lo religioso, sino, más allá de eso, en muchos casos ha llegado a separar lo filosófico y lo científico por un lado, y lo moral por otro. Este proceso de escisión entre la ciencia y la moral ha dado lugar a una mentalidad científicista

que en muchos casos va acompañada de una convicción subjetivista y/o escéptica en lo moral.<sup>1</sup>

Algunos filósofos han elaborado un sofisticado soporte teórico para mantener esa mentalidad científicista: así por ejemplo, el positivismo del siglo XIX y el neopositivismo del siglo XX sostienen que hay una separación más o menos tajante entre el conocimiento científico-técnico (que sería, a su juicio, el único conocimiento racional y objetivo) y las prácticas de la moral, el derecho, la política y la religión (cuyos respectivos discursos pertenecerían, en última instancia, al ámbito de lo irracional, de "lo místico", de lo opinable, de lo subjetivo).

Esta escisión entre la teoría y la praxis, entre el conocimiento y la decisión, condujo a los sistemas políticos democráticos a ciertas desviaciones totalitarias en un pasado que todos recordamos por sus inhumanas consecuencias, y puede que nos esté conduciendo en el presente a ciertas situaciones peligrosas para la propia estabilidad de las democracias actuales. La vida pública se concibe como el dominio de la racionalidad instrumental: sólo sería racional la búsqueda de los medios convenientes para fines ya dados de antemano y que no se cuestionan lo más mínimo. Si se busca, por ejemplo, desarrollar la propia economía, se estudia qué medios –no importa, en principio, si son moralmente condenables– van a servir a ese objetivo; lo moral queda fuera como algo subjetivo, y la economía, en este modo de pensar, es considerada como "conocimiento objetivo" que se mantiene supuestamente neutral respecto a las opciones morales. Las consideraciones morales pueden tener cabida en algún momento posterior, pero de un modo propagandístico, siempre que se juzguen necesarias para dar una imagen aceptable de las decisiones "técnicas" que se van a tomar, pero no cuentan para las consideraciones de fondo.

La vida privada, por el contrario, se concibe como el ámbito de las creencias subjetivas y de la irracionalidad. En ella puedo, por ejemplo, decidir cómo gasto mi tiempo de ocio, cómo gasto mi dinero y cómo organizo mi vida familiar, pero no puedo pretender objetividad respecto a cómo pienso en los temas morales, políticos y religiosos, porque en esos temas, "cada quien tiene su dios".<sup>2</sup>

Esta escisión entre lo público y lo privado viene siendo nefasta para la democracia, si con ese término entendemos, no simplemente un mecanismo de elección por mayorías (recordemos que también los totalitarismos se apoyaron en la mayoría), sino un modo de vida ciudadana que pretende ser expresión de la autonomía que nos define como personas<sup>3</sup>. En la esfera pública no se atiende a los argumentos morales que puedan esgrimir los ciudadanos, sino que priman los argumentos "de la eficacia" que ofrecen "los expertos" basándose en reglas pretendidamente científicas y objetivables. Es por ello que en estas sociedades se presta muy poco interés al fomento de mecanismos de participación ciudadana en las decisiones políticas. Esta situación nos relega a los ciudadanos –supuestamente los soberanos del sistema– al papel de votantes que se limitan a elegir periódicamente a los equipos de

---

<sup>1</sup> Esta escisión fue anunciada por Max WEBER y ha sido analizada y denunciada por el filósofo alemán Karl Otto APEL en su trabajo "El Apriori de la comunidad de comunicación y los fundamentos de la ética", recogido en el segundo volumen de su obra La transformación de la filosofía, Madrid, Taurus, 1985. Una buena exposición y crítica del científicismo puede encontrarse en Adela CORTINA: Ética mínima, Madrid, Tecnos, 1986, pp. 83-90.

<sup>2</sup> Para Max WEBER, la evolución de Occidente ha seguido un proceso con dos cabezas: un progreso en la racionalización, que supone el triunfo de la racionalidad técnica, y un progreso en el desencantamiento (la pérdida de las visiones del mundo que proponían fines últimos), que supone la aparición del politeísmo axiológico. Véase, por ejemplo, El político y el científico, Madrid, Alianza, 1981.

<sup>3</sup> KANT ha sido uno de los filósofos que más ha insistido en la noción de persona como ser capaz de darse a sí mismo la norma de su conducta. En nuestros días, el filósofo estadounidense John RAWLS ha puesto al día esta visión de la persona como ser moral, libre e igual. Véase El liberalismo político, Barcelona, Crítica, 1996.

tecnócratas que han de decidir los asuntos públicos; las listas difieren en los nombres, pero los programas se parecen demasiado; las grandes decisiones políticas y económicas son presentadas como "complejas cuestiones técnicas", y de este modo se excluye a los ciudadanos del debate previo a la toma de decisiones.

Pero la democracia se legitima por la participación ciudadana en las decisiones, porque es el sistema político que mejor expresa la autonomía de las personas, de modo que la contradicción actual es flagrante: los fundamentos morales de las democracias no se corresponden con las prácticas políticas habituales, ni tampoco con cierto número de las teorías.<sup>4</sup>

No se trata, por supuesto, de que podamos prescindir de los especialistas. En un mundo tan complejo como el nuestro, los especialistas en las diversas áreas son completamente necesarios. Pero la cuestión es si las decisiones últimas corresponden a los ciudadanos o no, aunque contemos con los expertos para contemplar las posibles alternativas. La democracia, entendida en un sentido integral, tendría que contemplar esta situación y resolverla en favor de la participación ciudadana, pero respetando al máximo la complejidad de cada problema. Sostengo que la Filosofía puede hacer un buen papel como puente racional entre el ciudadano y el especialista. Pero sólo a condición de que el ciudadano sea adiestrado en los modos de reflexión de la Filosofía y de que se entienda la Filosofía de un modo adecuado, del que hablaré a continuación.

En los últimos años, la Filosofía está siendo relegada al papel de curiosa reliquia del pasado, y su papel en la educación se ve paulatinamente reducido. El proceso que ha ido arrinconando a la Filosofía y expulsándola de los currículos académicos ha tenido, a mi modo de ver, un doble origen: por un lado, la escisión teoría-práctica de la que ya hemos hablado, y, por otro lado, la mentalidad academicista de muchos cultivadores de la Filosofía. Esta mentalidad concibe los problemas filosóficos como cuestiones eruditas, alejadas de la vida cotidiana, y los expresa en un vocabulario muy especializado, oscuro para la mayoría de la gente. Ofrecen un tipo de Filosofía que no parece proporcionar rentabilidad social, a no ser la de producir un tipo de intelectuales oscuros, que en ocasiones ofician de "gurús" y en otros casos se limitan a disertar –en el ambiente selecto y aristocrático de las reuniones gremiales– sobre lo que han pensado los filósofos del pasado. Muchos se refugian en los viejos textos como quien huye del mundanal ruido, olvidando o despreciando la reflexión personal y directa sobre los problemas reales que preocupan a la gente. El resultado de semejante falta de compromiso no puede ser otro que un progresivo divorcio entre la Filosofía y la sociedad, que explica en parte la expulsión de la Filosofía de los planes de estudio.

Pero esa mentalidad academicista no es genuinamente filosófica; más bien es por completo contraria al espíritu que dio lugar al nacimiento de la filosofía. Los antiguos griegos, que son reconocidos como los inventores de esta actividad, cifraron la actitud filosófica en:

- 1) la búsqueda constante de razones que nos ayuden a entender el mundo y la propia vida desde el asombro que nos produce su contemplación, y
- 2) en cuestionar los propios prejuicios que generalmente impiden que aparezca el asombro.

Frente a la mentalidad academicista, pero sin menospreciar el rigor lógico, ni el orden ni la belleza del trabajo académico, se alzan propuestas filosóficas de todos los tiempos, siendo de destacar la mayoría de los diálogos de Platón. En la actualidad, un buen exponente de esta posición, con la ventaja de

---

<sup>4</sup> Algunos autores contemporáneos insisten en el componente participativo de la democracia, por ejemplo: C. B. MACPHERSON: La democracia liberal y su época, Madrid, Alianza, 1982; Carol PATEMAN: Participation and Democratic Theory, Cambridge, 1970.

poder incidir positivamente en la educación, es el Programa *Filosofía para Niños*.

El academicismo, con su separación entre el saber y la vida, y el cientificismo con su separación tajante de la ciencia y la moral, constituyen sendas falacias. Son un punto de vista erróneo, porque no tienen en cuenta que la propia ciencia no sería posible si no se reconocieran ciertos valores y no se respetaran ciertas normas morales. Las normas que rigen el trabajo investigador de los científicos no son únicamente normas técnicas, sino también preceptos morales. El investigador científico busca la objetividad de los conocimientos de su área, y la tiene que buscar en estrecha colaboración con los colegas que han trabajado antes y con los que trabajan al mismo tiempo en ese área. La ciencia es el producto de un largo proceso en el que el diálogo y la crítica mutua desempeñan un papel fundamental. Por ser una labor de muchos, las normas de conducta recta se hacen necesarias, y por tratarse de un objetivo común –la objetividad en un área del conocimiento– las normas han de ser también comunes, universales. No basta con que cada investigador posea sus propias creencias morales y las practique privadamente; si no son las mismas normas para todos, el empeño científico no funciona.

El pensador estadounidense Charles S. Peirce<sup>5</sup> habló de una ética del trabajo científico. A su modo de ver, si un investigador se define como alguien que desea satisfacer su vocación de alcanzar verdades, ha de asumir una actitud moral caracterizada por los siguientes rasgos:

- 1) Renuncia frente a los propios intereses y convicciones que, en virtud de su propia limitación, puedan obstaculizar el camino hacia la verdad.
- 2) Reconocimiento del derecho de los demás miembros de la comunidad de investigadores a exponer sus propios hallazgos, y reconocimiento del deber de justificar ante ellos los propios descubrimientos.
- 3) Compromiso en la búsqueda activa de la verdad, aun sabiendo que tal vez no se alcance en toda una vida, porque sólo a través del trabajo concreto de una comunidad real de investigadores, nos acercamos a la verdad (en proceso de revisión continua).
- 4) Esperanza en que se alcanzará un consenso definitivo en los temas controvertidos; ese consenso ideal esperado nos sirve ya ahora como instancia crítica y como garantía frente a los consensos fácticos que vamos haciendo.

El investigador, en suma, si realmente busca la verdad científica, se ve obligado a abandonar el egoísmo y a aceptar las claves fundamentales de la ética de la investigación científica.

Vivimos en la época de la ciencia, pero a menudo olvidamos que la ciencia es el producto de una comunidad de personas. De una comunidad que necesita comprometerse con ciertos valores si quiere avanzar hacia la verdad: renuncia a ciertos intereses y prejuicios, reconocimiento de deberes y derechos, compromiso con los métodos rigurosos y esperanza en que el consenso sea posible.

La consideración de esos rasgos como verdaderos objetivos de la educación implica considerar a los estudiantes como investigadores, a la clase como una comunidad de investigación, y al profesor como un investigador con más experiencia, pero no necesariamente más acertado en todos los casos. Precisamente este es el enfoque del que parte el Programa *Filosofía para niños*.

El profesor Matthew Lipman, creador del Programa *Filosofía para niños*, ha insistido en que la idea central de su propuesta es considerar el aula como una *Community of Inquiry*, esto es, una *Comunidad de Investigación*, una *Comunidad de Búsqueda de la Verdad*, en donde se practiquen

---

<sup>5</sup> Los planteamientos que expongo aquí sobre PEIRCE los he tomado de Adela CORTINA ("La reconstrucción de la razón práctica: más allá del procedimentalismo y el sustancialismo", en *Estudios Filosóficos*, vol. xxxvi, 104, 1988, pp. 165-193) y de K.O. APEL ("De Kant a Peirce: la transformación semiótica de la lógica trascendental", en *La transformación de la filosofía*, cit., vol. II, pp. 149-168).

intensamente el diálogo, la reflexión personal (pensar por sí mismo), la crítica respetuosa, la petición de razones, la búsqueda de criterios, la auto-corrección, el cultivo de la sensibilidad frente al entorno, el cultivo de la creatividad, el desarrollo de las habilidades intelectuales, y en fin, todo aquello que contribuye a potenciar un tipo de ciudadano más adulto, más autónomo, más equitativo, más solidario. La noción de *Comunidad de Búsqueda*, o *Comunidad de Cuestionamiento*, o *Comunidad de Investigación* es la clave de bóveda de toda su propuesta educativa.

La influencia del pensamiento de Peirce es patente en la propuesta de Lipman. Por otra parte, pensadores de la talla de Apel y Habermas también se han inspirado en Peirce para proponer una *Ética discursiva* que trata de dar razón de las normas que, en última instancia, legitiman a los sistemas políticos democráticos por encima de cualquier tipo de despotismo, por más eficiente que éste sea.

La actitud de diálogo y la práctica del respeto, la promoción de todos los ciudadanos para que puedan ser escuchados y el imperativo de tener en cuenta los intereses de todos los afectados en cada conflicto, son algunos de los principios que configuran este modelo ético contemporáneo. Pero ¿Cómo ir haciendo realidad esos principios? Sabemos que la educación es sólo una parte, tal vez pequeña, del proceso de transformación de una sociedad, pero pensamos que el cambio en las instituciones académicas es deseable y posible. Es deseable porque la educación no debe ser un instrumento de dominación al servicio de los poderes fácticos, sino un elemento de emancipación al servicio de los propios estudiantes y de la comunidad. Y es posible porque contamos con instrumentos, como la Filosofía, que, sin renunciar a lo mejor de la cultura que ha producido la ciencia, conduce a restablecer el equilibrio entre la ciencia y la moral, consolidando las actitudes democráticas que consideramos como patrimonio valioso para una convivencia justa y pacífica.

La Filosofía es una escuela de democracia real si se practica en las condiciones adecuadas, porque anima a los futuros ciudadanos a pensar por sí mismos, a que se corrijan mutuamente con respeto, a que se comprometan con la realidad; en definitiva, les anima a participar activamente en la sociedad y a no dejarse manipular fácilmente. La Filosofía es, por tanto, una excelente herramienta para una educación democrática que tenga por meta la democracia integral. Que se utilice o no en las aulas, depende en buena medida de los propios enseñantes.